



ALFONSO I EL BATALLADOR

Jesús María García Albi

ALFONSO I EL BATALLADOR



Primera edición: noviembre 2022

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Jesús María García Albi

ISBN: 978-84-19439-96-3

ISBN digital: 978-84-19439-97-0

Depósito legal: M-28012-2022

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

PRÓLOGO

Buscando mi destino me encontré contigo.

Hay personas que te marcan, te hacen mirar para dentro para ver desde fuera.

¿Se nace rey o se hace?

Nació para luchar, batallar. Ganar a pulso lo suyo y hacer honor a su patria. Estratega y líder natural.

Su familia, a los que dejó su legado eran quienes estaban a su lado, los que luchaban incansables por su honor. Leal a sus principios hasta el final de sus días.

La justicia siempre estuvo a su lado, pero no de su lado.

Gran hombre sin duda, como tú Jesús... leal, fiel y auténtico.

Un placer conocerte y leerte. No hay mayor recompensa en la vida que ser fiel a uno mismo.

Nunca se deja de aprender y tú nunca dejas de enseñar. Aprender a soñar, a luchar por lo que uno quiere.

Elegiste a uno de los grandes, no esperaba menos de ti. Grande de espíritu.

Mi eterno aprendiz... eterno luchador.

ITZIAR MATEO ANTUÑANO

Directora Financiera. Escritora

ÍNDICE

PRÓLOGO	9
1.- DOS AMIGOS.....	13
2.- GASTÓN	27
3.- ALFONSO.....	37
4.- EL CID	45
5.- DOÑA URRACA I DE LEÓN.....	57
6.- DE NUEVO JUNTOS.....	71
7.- SARAQUSTA.....	81
8.- ALGO MÁS QUE UNA AMISTAD.....	99
9.- TALESA DE ARAGÓN	111
10.- AQUÍ SE ACABA LA HISTORIA, MÁS O MENOS...	137
11.- FINALES SIGLO XIX	157
12.- AÑO 2015.....	163
13.- ¿DUX O GOLFO?.....	189
14.-ESPÍRITUS.....	199
5.-LA ZUDA	213
16.- ZARAGOZA.....	231
17.- EL PILAR	247
18.- AVEMPACE	257
19.- UNA EXPLICACIÓN	277
20.- EL SALTO REAL EN EL TIEMPO	289
21.- NOTAS DEL AUTOR.....	303

1.- DOS AMIGOS

El todavía niño Alfonso correteaba por las estancias del monasterio románico de San Pedro de Siresa, austero y frío donde los hubiera.

Dicho monasterio se elevaba en el Valle de Hecho, amparado por los Pirineos Oscenses. Un lugar que no es de paso hacia casi ninguna parte, por lo que aumenta la soledad de la zona, además de lo abrupto del terreno. Era el sitio ideal para el retiro, el ejercicio físico y la meditación. Y en el caso de Alfonso, también para la educación desde el punto de vista de las distintas disciplinas que le iban a ser necesarias en el futuro, sin ningún lugar a dudas, para llegar a ser un auténtico caballero.

Su padre era el rey Sancho I de Aragón y V de Pamplona. Alfonso era hijo de la segunda esposa de su padre, Felicia de Roucy.

Alfonso no estaba en una buena situación para heredar el trono de su padre, una persona aún bastante joven. Además, como heredero estaba su hermanastro, hijo que su padre había tenido con Isabel de Urgell, su primera esposa, a la que tiempo después repudiaría. Dicho hermanastro, Pedro, era cinco años mayor que él y estaba siendo educado bajo la supervisión de su tía viuda paterna, doña Sancha, condesa de Urgell. También irían por delante de él, en sucesión al trono de Aragón, todos los hijos que pudiera tener Pedro en el futuro.

Por todo lo cual, Alfonso había sido enviado a San Pedro para que recibiera una formación férrea y doble entre las letras y la milicia, amén de la religiosa.

Dicha educación tenía como fin hacer de él un buen señor de sus vasallos, lo cual no sabía bien a qué lo iba a obligar, pero su ayo se desviviría por educarle lo mejor posible, con un palo en una mano y un guante de seda en la otra.

Su educador intentaría inculcarle todo aquello que él había almacenado, dada su larga y variada experiencia, no exenta de situaciones que, más que extraordinarias, podrían calificarse de irrepetibles y que tenía por seguro que serían de provecho al gran señor que estaba convencido de que llegaría a ser su pupilo sin necesidad de ser rey, lo que pensaba que era una ventaja para Alfonso, dado lo convulsa que era la época que les había tocado vivir, sobre todo por la presencia de los almorávides, bastante soliviantados y con afanes de conquista insaciables.

Le había llegado a sus manos en el mejor momento para formar al hijo de su rey, sin fijarse en que pudiera serlo en un futuro o no. Solo le interesaba moldearle como persona ejemplar, austera y valiente. Triple objetivo que no dudaba que alcanzaría.

La propia edificación y la climatología reinantes ayudarían a forjar su espíritu y su cuerpo, algo enclenque cuando había llegado allí. El ejercicio, la disciplina y la alimentación harían, suponía, su efecto con bastante prontitud.

Junto al pequeño Alfonso estaba Gastón, un niño de edad similar, nacido en el condado de Béarn, situado justo al otro lado de los Pirineos, que, en este caso, más que separarlos, les servía de unión. Ambos territorios poseían gran cantidad de costumbres comunes, lo que los unía todavía mucho más.

Era hijo del vizconde de dicho lugar, Céntulo V *el Joven*, así llamado al suceder a su abuelo Céntulo IV *el Viejo*, ya que su padre, Gastón, del que heredaría su nombre el niño, había fallecido con anterioridad a su abuelo. Se podría decir, por lo tanto, que el vizconde había sido huérfano de padre antes de serlo de abuelo.

Céntulo V había casado con Gisela, una pariente suya, con la que había tenido además de a Gastón, el primogénito, otra hija, Osquinette. Posteriormente los obligaría el papa, Gregorio VII,

cuando tuvo conocimiento de que eran primos hermanos, a separarse por su consanguinidad.

Una vez separado, se había vuelto a casar, en segundas nupcias, con Beatriz I, condesa de Bigorra. Primaron a la hora del enlace, sobre todos, los motivos políticos, con el fin de poderse anexionar el condado de su nueva esposa.

Beatriz esperaba poco después de casarse tener un hijo de dicho matrimonio y por ello no veía con buenos ojos al pequeño Gastón, al suponer que podría ser un obstáculo para su hijo cuando le pudiera llegar el momento de heredar ambos condados, unidos por su matrimonio.

De hecho, la existencia de Gastón había sido un obstáculo para llevar a cabo dicho enlace por parte de Beatriz, habiendo accedido al final a la insistente petición de Céntulo V el Joven con la condición de que mandara al niño lejos del nuevo hogar que iban a formar.

Ambos niños crecían juntos tanto física como anímicamente. Ocupaban una sola celda con dos camastros y dos mesas. Eran los únicos educandos entre aquellas paredes que fueron elevadas allá por el siglo IX sobre unas ruinas posiblemente visigóticas, siendo de los más antiguos monasterios que existían en Aragón. Los monjes los habían acogido en señal de respeto a su rey Sancho I, que era el principal benefactor, y al vizconde bearnés, que también contribuía al sostenimiento del convento, dada su profunda religiosidad.

Aunque en un principio los críos no se entendían del todo, debido a que no hablaban la misma lengua, poco a poco iban adquiriendo el conocimiento del modo de hablar del otro y los gestos iniciales dejaban, de manera bastante rápida, paso a las palabras y con ellas a las confianzas.

A todo ello contribuía, además de su corta edad, el empeño que ponía en dicha materia su educador común, apodado *el Peregrino*, como parte de su formación. No pudieron tener mejor mentor en su época.

Una de las asignaturas que este último se había propuesto enseñarles, sin que los progenitores de ambos niños se la hubiesen pedido, era el mostrarles las distintas plantas que tenían a su alcance y cuyo estudio llevaba el valor añadido de ser muy divertida su localización, su recolección, su secado si procedía y, *a posteriori*, aprender su utilización.

Las que eran aromáticas. Las que servían para solucionar problemas estomacales de todo tipo. Las venenosas. Las curativas para heridas o infecciones de la piel. Las energizantes. Las sedantes. Las que eran eficaces para evitar los distintos «males de ojo». Las especiales para enamorar. Las...

Era la persona que más sabía de ello y, además, estaba dispuesto a enseñarles todo lo que conocía de todas y cada una de ellas. No existía en esa zona una sola planta o flor de la que no supiera sus características principales y las peculiares de infinidad, sin obviar ni media.

A la hora de buscar por los campos dichas plantas, eran verdaderos competidores, pero nunca rivales. Su objetivo, por encima de todo, era encontrar plantas, cuantas más y menos extendidas fueran, mucho mejor. De hecho, más de una vez uno era requerido por el otro para identificar aquella planta o este matorral.

También a veces lo necesitaba para ser ayudado en la extracción de alguna planta que deseaba llevar al monasterio en perfecto estado, para poder estudiarla con mayor tranquilidad entre los dos. Solía esto suceder cuando se trataba de ejemplares verdaderamente raros que sabían que en el último momento, si era necesario, sería el Peregrino quien se los identificase y explicara los elementos diferenciadores con otras plantas parecidas, que era posible que les hubieran planteado dudas previas.

Era indudable que las artes marciales los atraían sobremanera, pero la educación de humanidades creaba un poso muy importante y un ambiente muy propicio para la aparición de una amistad inquebrantable entre los dos.

Y como suele ocurrir siempre, aunque la formación que recibían era la misma, cada uno de los niños demostraba sus tenden-

cias en el estudio y en aquellas materias que más se adaptaban a su natural ser y entender.

Así, el de Béarn se inclinaba y especializaba en el estudio de armas de destrucción y asalto para poder derruir y salvar las defensas. O, por el contrario, si fuera necesario, defender de manera óptima las fortalezas propias.

Su imaginación volaba libre sobre los dibujos que llegaban a sus manos y de inmediato los visualizaba y optimizaba en su interior, procediendo a dibujarlos revisados según su leal saber y entender para a continuación someterlos a los comentarios de su mentor, que estimaba en gran manera. Este los hacía suyos y procedía a modificar sus diseños originales si ello era necesario. Todo le motivaba para seguir estudiando y asimilando cuanto caía en sus manos. De hecho, eran tantas las ansias que mostraba que, en algunas ocasiones el Peregrino se veía forzado a pedirle tranquilidad.

Mientras, el pequeño Alfonso se adentraba en el estudio de la estrategia de la guerra. Era una teoría que desgranaba su ayo y que él transformaba en práctica con su portentosa imaginación dentro de sí. Cerraba los ojos y se le aparecía en medio de esa oscuridad el campo de batalla, con las posiciones propias y enemigas, las tropas de ambos lados y el lanzamiento de los suyos para terminar logrando su victoria en el menor tiempo posible y con un número de bajas insignificante.

Cuando volvía a abrir los ojos y se veía dentro del monasterio le costaba retornar a la realidad. Le apasionaban sobremanera el planteamiento y posterior solución de los ataques fulminantes, por sorpresa. Los largos asedios también, sin olvidar las huidas sin desbandada alguna que pudieran propiciar mayor quebranto, ni tampoco las celadas...

Su formación humanista le llevaba a valorar en gran manera la vida, tanto de los suyos como de los enemigos, siendo estos últimos más válidos convertidos a su causa o incluso presos como mano de obra barata y muchas veces artística que muertos.

Las ciudades conquistadas con la mayoría de sus habitantes vivos y las edificaciones utilizables pensaba que eran verdaderas victorias y que valían el esfuerzo de lograrlo. Arrasadas y despobladas, las consideraba como victorias de muy escaso valor. Daba por cierto que eran más un castigo para el enemigo que una victoria fructífera para él.

Poco a poco se iban convirtiendo en grandes teóricos de dichas disciplinas y también, poco a poco, les iba entrando el gusanillo de poner en práctica todo lo que estaban asimilando más que de sobra.

El uno planteaba cómo facilitar el acceso a una fortificación imaginaria y el otro cómo, aprovechando las brechas ocasionadas en los baluartes, lograba el acceso a su interior y el retirar el pendón del infiel y hacer ondear los suyos propios era considerado por los dos como señal de victoria.

El Peregrino valoraba en gran manera todos esos planteamientos y les señalaba los fallos si consideraba que los había, tanto del uno como del otro. O les sugería otras soluciones óptimas para resolver aquel ejercicio bélico de forma más rápida y con menor número de víctimas por ambos bandos.

Se podría decir que las 24 horas del día entre aquellos muros centenarios estaban llenas de aprendizaje y oración, lo que no dejaba de ser también aprendizaje espiritual esta última.

Después de cada «victoria imaginada» se planteaban dar las gracias al Altísimo y a Santa María por la conquista realizada, lo que el Peregrino aplaudía con entusiasmo, a pesar de su ser rígido y austero.

En el año 1085, el joven Gastón, con solo doce años, volvería al Béarn, desde donde había sido requerido por su padre de manera inmediata.

La orden en principio descolocaba un poco a la pareja de educandos, que ya habían dejado de ser de niños para pasar a ser de jóvenes, destacando la estatura más bien desmesurada del aragonés sobre la del bearnés. Ello nos podría hacer pensar de manera

equivocada que este era de baja estatura. Pero no, lo que acontecía es que su amigo iba camino de alcanzar una muy elevada altura, bastante desproporcionada para la época.

Ante la noticia de retornar Gastón a sus tierras, tanto el que se iba como el que se quedaba aceptó de inmediato dicha noticia, sin el más mínimo comentario en su contra, aun antes de saber el porqué del regreso. Tenían asumido desde bastante tiempo atrás que un día llegaría en que les tocaría volver cada uno a su respectivo punto de origen.

El motivo de la llamada, supieron sin mayor dilación, era que su padre deseaba que contrajera matrimonio con Tulesa de Aragón, vizcondesa de Montaner. De este modo pretendía, por una parte, muy importante y primordial, asegurar la continuidad de su estirpe y, por otra, la anexión de ambos vizcondados en un futuro próximo. Las absorciones de territorios por vía matrimonial eran una política que tenía muy clara el de Béarn. Eran incruentas y potenciaban tanto al que absorbía como al que lo era.

Se daba el caso curioso de que dicha damita era, además, pariente de su amigo Alfonso, al que conocía desde la infancia y por el que sentía una natural inclinación, lo que posteriormente los uniría aún más a los tres. De ahí ese «de Aragón» que llevaba la joven con gran orgullo.

Al amanecer del día de partida, los amigos se despedían con un fuerte abrazo, mirándose a los ojos, sin palabra alguna. No la necesitaban. Estaban seguros de que volverían a reunirse, y no solo por breve tiempo en la boda de Gastón, a la que habían invitado a su amigo, sino con toda seguridad, contra algún enemigo común, nunca en bandos diferentes. Era algo a lo que habían jugado y soñado en el tiempo compartido y sabían que antes o después se haría realidad. Alfonso veía ir a su amigo con nostalgia y envidia a su vez, dado que él quedaba en el monasterio y si su amigo iba a ejercer en el futuro su autoridad, él también desearía hacerlo, aunque sabía que no iba a tener las mismas responsabilidades.

La comitiva del joven heredero no era muy numerosa, pero más que suficiente para viajar con tranquilidad sin miedo a ser asaltados por el camino, además de tratarse de una zona bastante segura por aquel entonces.

La nieve, que había sido testigo de cómo los niños iban convirtiéndose en hombres, además de objeto muchas veces de sus juegos, había querido despedirle y bajo una nevada no muy intensa, que parecía que los unía aún más, se dejaba sentir sin dificultar en demasía ni la visibilidad ni el avance de las cabalgaduras.

Le seguía el aragonés con la mirada hasta que, cuando fue a tomar el último recodo para irse adentrando en los Pirineos, Gastón giraba sobre su montura, a la que hacía elevar sus patas delanteras a modo de despedida, creando un revuelo en la nieve que caía a su lado. Esa cabriola la había aprendido poco después de llegar al monasterio y siempre que había sido posible la ejecutaba. Le hacía sentirse importante y seguro de sí mismo.

Alfonso, a pie firme, no movía ni un solo músculo. Por no mover, ni tan siquiera pestañeaba. No quería perderse ni un detalle de la partida de su amigo, que para él se había convertido en una persona mucho más cercana que su hermanastro, con el que mantenía una relación nada intensa, más bien distante. Sabía que pronto le llegaría a él también la hora de dejar aquellos muros fríos que le habían visto hacerse un hombre de bien. Estaba deseando salir de allí y hacer algo útil, ahora que se había quedado a solas con su ayo, al que admiraba y respetaba en alto grado, pero sin su mejor amigo.

La hora de la colación la haría en total silencio, con un gesto triste y ausente. Silencio que respetaban su educador y el resto de la comunidad de monjes, que sabían lo sucedido. Estaban seguros de que al día siguiente volvería a ser el mismo de los últimos tiempos. En caso contrario se llevarían una tremenda desilusión, lo que no creían que fuera a suceder de ninguna de las maneras.

Y efectivamente ocurriría como habían imaginado. El joven Alfonso al día siguiente volvía a actuar como si nada hubiese cambiado en su entorno. Como excepción había solicitado poder retirar el

lecho de su amigo de la habitación que habían compartido ambos. Era lo único fuera de lo normal que había pedido y que fue atendido sin dilación, entendiéndolo a la perfección sus motivos.

Él participaría en el traslado de una especie de catre, que desmontaron en varias piezas para facilitar el almacenaje, a una nave donde había depositados distintos enseres, casi todos en un estado bastante lamentable, pero tal vez reutilizables, dadas las sabias manos de los monjes.

Recordaba que algunas veces Gastón y él habían entrado allí de pequeños y siempre les había causado una impresión más bien lúgubre y acababan escapando de allí a todo correr. Y por supuesto nunca dijeron nada de ello a los monjes, por si se enojaban con ellos.

Días después, el Peregrino y su discípulo, acompañados por dos caballeros de Pamplona que había mandado el rey de Aragón como escoltas, junto con la aprobación del viaje, partían hacia Morlaàs, la capital de Béarn, donde se iban a celebrar las nupcias de la joven pareja heredera.

Fueron recibidos, después de un viaje sin el menor contratiempo, por el novio a la entrada de su residencia, quien mostraba su nerviosismo de tal modo que después de darse un fuerte abrazo los dos amigos mirándose a los ojos sin decir palabra, se había dirigido a su antiguo educador y le daba un beso, cosa que nunca había sucedido. Al momento se dio cuenta y pidió disculpas entre sofocos que no podía evitar.

Disculpas que aceptó de inmediato el Peregrino entre risas, algo que tampoco habían visto jamás los dos jóvenes, por lo que el error se acabaría convirtiendo en algo novedoso y jocoso a su vez.

Pidiendo permiso al Peregrino con una ligera reverencia, se alejaron los dos amigos para hablar de lo que les había acontecido a cada uno de ellos desde que se habían separado y de lo que estaba por venir.

Ante todo, Gastón quería decirle cómo habían discurrido aquellos días en que había conocido a la que iba a ser su esposa. Le ha-

bía cautivado por su forma de ser bastante sencilla, con una sonrisa que se le antojaba que era eterna y una inteligencia muy superior a lo que esperaba, por las largas conversaciones, aunque pocas, que habían mantenido sobre asuntos nada superficiales. Además, pensaba que era muy bella. Detalle este último en el que le daría la razón su amigo, basándose en el recuerdo que tenía él de cuando la había conocido años antes.

—Dejadme que juegue a ser adivino —le dijo Alfonso con una sutil sonrisa.

—Jugad a lo que queráis. A ver si sois tan buen jugador como gran amigo.

—¿A que cuando conocisteis a vuestra futura esposa vestía de azul o, por lo menos, llevaba algunas prendas de ese color?

—¡Sí! Iba toda de azul. ¿Quién os lo ha dicho?

—Nadie. Yo, que ya os he dicho que iba a ser adivino.

Y después de una corta carcajada, continuó.

—Recuerdo que cuando éramos pequeños casi siempre, por no decir siempre, vestía de azul. Suponía que era el color preferido suyo y de su madre, sobre todo de esta. Los tonos variaban según las épocas del año. Del azul oscuro de la ropa de abrigo, al azul claro en época de calor, pasando por todos los intermedios.

»Yo la llamaba la «Damita Azul» y ella se reía con cierta timidez. Si sigue con los mismos colores será señal de que no ha cambiado mucho, de lo que me alegraría, ya que era una persona muy agradable, además de bastante guapa, como me acabáis de comentar. Y tenía una gran facilidad y muchas ganas por aprender todo cuanto se le presentaba. Le gustaba preguntar mucho y, desde luego, así es como pienso que se pueden adquirir muchos conocimientos. Eso hemos estado haciendo nosotros dos en Siresa.

»Así pues, recibid mi enhorabuena, Gastón. Sed muy felices y tened muchos hijos que os alegrarán la vida a los dos.

A la cena acudieron Alfonso y sus acompañantes como invitados de excepción del vizconde Céntulo V. En la mesa estaba el resto de la familia del novio, incluido obviamente este. Se sentarían

ambos jóvenes juntos para seguir hablando, en la cabecera opuesta a la que ocupaban los vizcondes de una mesa rectangular.

A pesar de estar en la otra punta de la larga mesa, era tal la verborrea que tenían que el propio vizconde les llamaría la atención indicándoles sonriente que, además de bajar el tono de voz, se dedicaran a hacer honor a la cena, ya que tenían los platos sin apenas tocar.

Al amanecer del día siguiente, fecha de la boda, Alfonso se fijó en algo que le llamaría la atención como novedad y que comentaría a su educador, después de asomarse al balcón y comprobar que se anunciaba un día radiante de sol, aunque frío.

—Me he fijado, señor, en algo que nunca me había pasado. El sol en relación con las montañas está aquí situado de manera opuesta a como siempre lo había visto hasta el presente. Y ello me ha llevado a pensar que estábamos muy lejos de Siresa y, sin embargo, sé que no es así.

—Tenéis razón. Hemos cruzado las montañas y por ello ahora el sol se asoma por otro lado. Muy buena observación, Alfonso. Me alegro de ella. Recordad que más de una vez os he dicho que, en el caso de tener que entrar en batalla era muy importante estudiar dónde se encontraba el sol y hacia dónde se iba a desplazar. Lo mejor era contar con él a nuestras espaldas. Ello favorecería nuestra visión y cegaría en gran manera al enemigo. A media tarde de un día de sol, atacar desde Morlaàs hacia las montañas sería un error táctico y no solo por estar a una altura menor. Sin embargo, desde Siresa sería un gran acierto.

—Estáis, señor, por supuesto, en lo cierto. Pero pienso, por eso mismo, que desde aquí sería un error, el enemigo podría estar más confiado al suponer que no le iban a atacar en esos momentos y por ello tener la vigilancia más despreocupada y, para cuando se diera cuenta, nos tenía encima atravesando sus posiciones y los derrotaríamos sin grandes contratiempos.

—Reconozco que no dejáis de tener razón y me alegro de vuestro ingenio y sagacidad que...

—Que, en gran manera —interrumpía Alfonso con un gesto de disculpa por hacerlo—, os debo a vos y a vuestras enseñanzas, lo que os agradezco, como todo lo demás que me habéis enseñado y hecho por mí.

—Bueno, dejemos el campo de batalla para otra ocasión más propicia y vayamos a vestir nuestras mejores galas, sobre todo vos, que vais a ocupar un sitio bastante preferente en la ceremonia, por expreso deseo de Gastón contando con la aquiescencia de su padre, el vizconde Céntulo V. Sin olvidarnos de que seréis el representante de vuestro padre, mi rey Sancho, en la presente ceremonia.

»Yo ocuparé un lugar más alejado, pero no por ello perderé detalle alguno de la ceremonia, que confiemos en que no sea extremadamente larga, ya que a mi edad los bancos de las iglesias se convierten en un verdadero suplicio para mis machacados huesos.

Alfonso desde su sitio privilegiado, como ya sabía, fue testigo de excepción y pudo observar toda la boda como el mejor. Le llamó poderosamente la atención la belleza de la novia. Era muy superior a la que recordaba y le había ponderado el novio el día anterior. La recordaba como una niña guapa y ahora era una mujer muy hermosa. Hermosura que resaltaba el traje nupcial, en el que no podían faltar diversos detalles azules que le hicieron sonreír.

—¡La «Damita Azul»! —se decía a sí mismo, sonriendo a la par que recordaba el pasado infantil, no muy lejano.

En cierto modo reconocía que sentía una ligera envidia de su amigo, aunque pensaba, acto seguido, que él nunca habría podido casarse con ella por su relación de parentesco, por lo que su alegría por ver la nueva pareja era inmensa.

Ya llegaría su momento de casarse, aunque era algo que no se había planteado. Pero quién sabía si su padre no lo habría hecho ya. El no ser heredero directo al trono de Aragón era posible que no le obligase a contraer matrimonio alguno con esta o aquella heredera, de lo que se alegraba, pues era posible que pudiese elegir esposa. Y suponía que, además, lo podría hacer sin prisa alguna. El tiempo se lo diría.

Después de la ceremonia, que no fue muy larga, tal y como había deseado el Peregrino, y a la que acudieron tantos cuantos vecinos pudieron entrar en la iglesia, que se situaron en los sitios más impensables, ávidos por ver a los jóvenes herederos y a los invitados llegados de otros estados cercanos, Alfonso tuvo la oportunidad de saludar a los recién casados y besar a Talesa, que aún le pareció más bella cuando le dedicó ella una sonrisa.

—Cómo me alegro, Alfonso, de que hayáis podido venir a nuestra boda y a conocer Morlaàs. Gastón ya me había advertido de que me asombraría al ver vuestra estatura y ha acertado por completo.

»Del alfeñique¹ que erais cuando jugábamos de pequeños, al hombre de hoy va un buen cambio, y me alegro de ello.

»Como habéis podido ver, «La Damita Azul», como siempre me llamabais y me gustaba mucho que lo hicierais así, ya es toda una «Dama Casada».

—Muchas gracias, Talesa. Vos sí que sois una preciosa dama. Sobre todo, me alegro de que os hayáis desposado con Gastón, que es mi mejor amigo, como supongo que ya sabréis, además de una persona maravillosa como pocas podáis llegar a conocer.

»Y que sigáis haciendo honor a vuestra preferencia por el color azul es algo que me sigue gustando, pienso que denota rectitud de sentimientos.

»Os deseo a los dos que seáis muy felices y espero que tengáis niños preciosos que os alegrarán aún más vuestras vidas.

»Desde luego que me satisface el estar hoy aquí. Es el mejor sitio que podía haber elegido sin duda alguna.

—Desde luego —corroboró sonriente la novia a la par que se besaban de nuevo y con una ligera reverencia se alejaba a saludar a otros asistentes, acompañada de su flamante marido, que había observado con curiosidad y alegría el reencuentro de su bella esposa y su mejor amigo.

La celebración no sería en gastos muy desmesurada, atendiendo a la petición expresa del novio y refrendada por la novia. El espí-

1 Alfeñique: dicese de aquella persona de aspecto delicado y constitución física débil.

ritu de austeridad que había vivido en Siresa había dejado marcada su forma de ser bastante comedida y Céntulo V, aunque un poco a regañadientes, había aceptado dicha parquedad en el convite. Ello se debía a que su segunda esposa, Beatriz I, que ya había sido madre, insistía en que fuera una gran fiesta para poderse lucir ella y asombrar a propios y extraños. Al final la convenció su esposo y lo transmitió al resto de familiares y amigos asistentes.

Al amanecer del día siguiente, aun antes de que asomara el sol «por el lado contrario», el joven amigo del novio, su ayo y su séquito partirían hacia Aragón sin despedirse de nadie. Las despedidas eran siempre dolorosas y la ceremonia del día anterior les había dejado muy buen sabor de boca.

Por otra parte, Morlaàs parecía cuando cruzaban sus calles una ciudad desierta. Nadie, salvo algún perro o gato, se asomó a ver quién pasaba a esas horas en que estaban descansando tras una noche de celebraciones que se extendieron por todo el vizcondado, ya que se había casado nada más y nada menos que el futuro vizconde. Y el pueblo llano sí que lo había celebrado por todo lo alto, dentro de lo que podían, que era más bien poco. El vino, los bailes y cánticos duraron hasta altas horas.

Al alba del día siguiente de regresar a San Pedro de Siresa, Alfonso se levantó temprano para contemplar que el sol volvía a asomar por el lado de costumbre.

—Tranquilo —escuchó la voz del Peregrino a sus espaldas—. Todo está de nuevo en su sitio. Nada ha cambiado, aunque para vuestro amigo Gastón la vida será diferente y a partir de su casamiento mucho más.

2.- GASTÓN

En el año 1090, cinco años después de la boda de Gastón, moriría asesinado alevosamente por un traidor mientras atravesaba el valle de Tena el vizconde Céntulo V el Joven.

Gastón pasaba ante esa situación inesperada a ser nombrado de manera inmediata vizconde de Béarn, a la temprana edad de diez y seis años, con el título de Gastón IV.

En aquellos tiempos los territorios de Béarn, con la anexión del condado de Bigorra hecha al casarse su padre en segundas nupcias y del vizcondado de Montaner por el matrimonio de Gastón con Talesa, eran de una extensión muy pareja al reino de Aragón, lo que fluidificaba en gran manera la relación entre ambos sin riesgo de envidias ni malentendidos.

La sangre le hervía al joven vizconde, pudiendo decirse que se aburría con el paso del tiempo sin hechos de relevancia que le exigieran demostrar su preparación salvo en pequeñas escaramuzas resueltas siempre a su favor.

Otros cinco años después de la muerte de su padre y de demostrar verdadera maestría en el arte de gobernar sus territorios, asesorado por los mismos que lo habían hecho a su padre, si bien actuaba de forma distinta en algunos casos, se le presentaba la ocasión de romper el tedio y probar su alta cualificación en la construcción y diseño de las artes pesadas de la guerra.

Decidía apuntarse, a las órdenes del conde Raimundo IV de Tolosa, hoy Toulouse, con el propósito de participar en la Primera Cruzada, cuyo objetivo era recuperar una parte de Tierra Santa.

Más concretamente, la ciudad de Jerusalén, aquella donde muriera Jesucristo.

Era un viaje jamás hecho antes por nadie del mundo cristiano a lugares desconocidos, donde no sabían absolutamente nada de lo que se iban a encontrar, tanto geográfica como climatológicamente hablando. Ni los caminos por los que transitar, los ríos que cruzar, las montañas que escalar, las fortificaciones del enemigo que conquistar o tratar de esquivar en ese viaje. Era una verdadera aventura cuyo desenlace no pasaba de ser una incógnita, por no decir una verdadera locura.

Todo lo que se conocía no pasaban de ser leyendas más o menos reales e informaciones las más de las veces contradictorias, por lo que no eran en modo alguno fiables.

La Cruzada había sido promovida por el papa Urbano II en el Concilio de Clermont. El conde Raimundo IV era el primer noble cristiano que hacía suya la llamada del papa a la Guerra Santa.

La noticia de la Cruzada se extendería rápidamente por toda la cristiandad surgiendo voluntarios de todos sus confines a pesar de que sabían que podían perder su vida y la recompensa, si la conseguían sería la reconquista de Jerusalén, nada que pudiera reportarles beneficio económico alguno. Era, pues, un ejercicio de generosidad auténtica.

Una vez el de Tolosa había reunido un grueso de tropas bastante importante y tenía idea de que según avanzasen irían en aumento el número de voluntarios, aunque fueran en pequeñas cantidades, decidía emprender el camino, que sabían duraría años.

Esperaba que en la ciudad de Constantinopla se le aunaran la mayor parte de todas las fuerzas de las que tenía noticias que ya habían partido de los distintos reinos cristianos de Europa.

Desde allí avanzarían hacia su objetivo final, adentrándose en Turquía.

Gastón había llevado consigo a un puñado de valientes, muy por encima de lo que se pudiese *a priori* esperar de un territorio como el suyo. Pero eran todos ellos muy creyentes y de ahí su ele-

vado número de voluntarios. Y también iban bastante bien preparados en las artes de la guerra y mejor pertrechados, sobre todo si se comparaba con la mayoría de los allí reunidos de otras naciones.

Sería en la mencionada Constantinopla donde se haría cargo del mando de todo el conjunto de voluntarios el noble francés Godofredo de Bouillón. Era hombre de una estatura muy superior a la media de la época, de gran robustez y extremada experiencia en el hecho de mandar tropas más que numerosas. Había llevado tras de sí a unos cuarenta mil hombres, por lo que su aceptación como jefe de todas las fuerzas era algo que no había tenido que disputarse con nadie. Su elevada experiencia y su aportación humana le avalaban.

Raimundo IV, el único que podría haberse opuesto, ni lo había intentado, ya que ni se lo había planteado cuando se había decidido a ser de la partida. Prefería delegar tal responsabilidad en otro. El tolosano lo que sí pretendía era conquistar Jerusalén y no perder tiempo ni fuerzas de manera estéril peleándose por ver quién asumía el liderazgo de sus compañeros de Cruzada.

Antes de partir, Gastón había enviado recado de su partida a su amigo Alfonso, de quien tenía noticias de que había dejado hacía bastante tiempo ya el monasterio al que tenía cierto afecto y se dedicaba a administrar lo mejor que sabía los territorios de los que había sido nombrado responsable por su padre, el rey de Aragón.

En dicho recado, le informaba de que había dejado ordenado a personas de su total confianza que si en algún momento sus territorios se sentían atacados por los musulmanes, se le avisase rápidamente para que, como si fuese él, tomase las medidas oportunas para expulsarlos. No había querido decirle nada de ello a su mujer con objeto de no preocuparla más de la cuenta, ya que era quien iba a quedar al mando del vizcondado. Además, acababan de ser padres, lo que requería mucha atención de la madre hacia su hija. Esa nueva responsabilidad le había hecho en algunos momentos dudar sobre si ir o no. Había sido su mujer la que en vez de ponerle trabas le había animado a acudir, ya que sabía que era algo con lo que había soñado su marido.

Su esposa, Talesa de Aragón, era hija del conde Sancho Ramírez, hijo natural de Ramiro I de Aragón, no el legítimo del mismo nombre. Por ello era pariente del joven Alfonso, ya que no dejaban de ser primos, aunque el padre de ella fuera un hijo bastardo. Así pues, si Alfonso tuviese que intervenir en algún momento, no sería mal visto ni por la vizcondesa ni por sus súbditos.

Gastón antes de partir encomienda al Altísimo a todos y prometía a su amigo el de Aragón que le traería, como testimonio, un trozo de las murallas de Jerusalén, una vez hubieran entrado en ella, de lo que no le cabía la menor duda que alcanzarían a hacer con la ayuda de Dios, que sabía que estaría siempre de su parte.

Años después de su partida tenía, tras levantarse una nada normal niebla al amanecer, a la vista la ciudad santa de Jerusalén, que se le antojaba gigantesca. En el camino había intervenido en distintas batallas para la conquista de diversas ciudades en las que el uso de artilugios desarrollados por él para poderlas asaltar o derruir parte de sus murallas habían sido fundamentales.

De las primeras y más importante había sido la toma de Nicea, en la que Godofredo había demostrado su gran valía siendo de los primeros que entraron en dicha ciudad, bastante cercana a Constantinopla, por una abertura propiciada por Gastón en las defensas, habiendo sido felicitado por el de Bouillon.

Tiempo después caería Antioquia, esta ya bastante más alejada del inicio de la marcha y aunque las fuerzas del ejército cristiano menguaban un tanto por el desgaste que venían sufriendo, se pudo entrar con relativa facilidad. Era indudable que la toma de Nicea había acrecentado, por una parte, la moral de los cristianos y, por otra, su fama de ejército fuerte y bien organizado hacía disminuir la moral de los musulmanes. En algunas ciudades llegaban a rendirse sin condiciones.

Y tan solo meses antes de llegar a avistar la soñada Jerusalén, lograrían la conquista de Acre en una batalla verdaderamente espectacular y dura como nunca habían mantenido las tropas de Godofredo hasta ese momento. Había sido de tal magnitud que había

quienes dudaban en seguir adelante o regresar sin llegar al destino fijado. La división de opiniones debilitaba a las fuerzas cristianas en un momento bastante crítico, dado el camino ya recorrido y la relativa cercanía de Jerusalén.

Acre sería la ciudad que unos doscientos años después pasaría a ser la última gran batalla perdida por los cristianos, dando con ello fin a todas las cruzadas, a pesar de lo fortificada en que habían convertido la ciudad una vez la habían tomado.

Parte de las defensas las había diseñado Gastón de Béarn, las cuales se mantendrían en pie a pesar de perder la ciudad siglos después. Ninguno de los integrantes de aquella Primera Cruzada podía imaginar lo que sucedería tiempo después, de manera tan desafortunada para la cristiandad.

Sabía Gastón, mientras se maravillaba al contemplar Jerusalén, que había llegado la hora de demostrar a propios y extraños todo lo que había aprendido allá, en los Pirineos, más lejanos en esos momentos que nunca, y que había ido depurando sobre la marcha en las distintas contiendas.

Los consejos del Peregrino resonaban dentro de su cabeza y ello le hacía sonreír a la vez que recordaba a su amigo Alfonso, a quien le gustaría tener a su lado en aquellos momentos.

«Ocasiones habrá», se decía mientras se ponía a la tarea para la prueba crucial que se avecinaba y en la que no podía permitirse fallo alguno.

Las batallas pasadas habían sido como un ensayo general de las distintas estrategias a aplicar y las armas a utilizar con la mayor efectividad posible.

Ello le había hecho ponerse de parte de Raimundo, al que había aceptado desde el principio como su jefe directo, quien había decidido asaltar Jerusalén en contra de la opinión de Godofredo de no hacerlo y montar un prolongado sitio. Esa disparidad de actuaciones había producido una escisión en las fuerzas cristianas en dos bandos, nada deseable para los intereses de la cristiandad.

El de Bouillón, una vez había comprobado que una ligera mayoría de los que habían tomado activamente Acre estaba dispuesta al asalto de la Ciudad Santa, cambiaba de opinión y se decidía a participar de forma activa, asumiendo de nuevo el mando y aunando las fuerzas en consecuencia.

Ello producía una gran satisfacción en Raimundo y sus partidarios, que veían que sus fuerzas asaltantes, sin los seguidores de Godofredo, quedaban muy mermadas y, en consecuencia, también sus posibilidades de triunfo.

Esta reunificación de fuerzas produciría una euforia en todos superior a la que el cansancio podía haber hecho suponer. Las penalidades pasaban al olvido, cuando no se convertían en fuentes de nuevas energías.

Gastón, por su parte, y una vez consensuado el hecho de tomar Jerusalén, intervenía activamente en la estrategia para romper las instalaciones defensivas montadas por los turcos en la Ciudad Santa.

Sus compañeros de armas se admiraban y felicitaban de la facilidad con que preparaba el asalto y las máquinas de destrucción, montándolas en un tiempo récord, que colocaba en puntos estratégicos, a la vez que casi inaccesibles para las flechas del enemigo, lo que era por demás importante

Se iba a convertir, sin que él llegara a darse cuenta plena de ello, en uno de los grandes artífices del futuro asalto a la ciudad.

Podríamos decir que él llevaba las llaves para abrir la ciudad y hacer factible la entrada de los cruzados. Y ni él ni nadie eran consciente de ello en aquellos momentos. Y menos todavía los ocupantes de la ciudad de que existían dichas llaves y estaban en manos de los cristianos.

Llegado el día elegido, a mediados de julio de 1099, antes de iniciarse el asalto, lograría abrir un hueco más que suficiente en las murallas, de un modo tan impensablemente fácil que, además, sería de los primeros caballeros que ponían su pie dentro de las murallas de Jerusalén. Había dejado tal honor, eso sí, al líder de los asaltantes, Godofredo de Bouillón.

Todo ello le iba a hacer acreedor del sobrenombre de «el Cruzado». El primero que se lo impondría iba a ser su propio jefe, el tuerto conde Raimundo IV, de acendrada religiosidad y que deseaba terminar sus días en aquellas tierras, desechando volver a su condado. Era una idea con la que ya había partido desde el mismo momento en que salía de sus dominios, habiendo dejado marcada su línea de sucesión.

Su gran humildad le impediría aceptar ser coronado como rey de Jerusalén, como le habían ofrecido; si bien, por otra parte, tenía sus dudas sobre las verdaderas intenciones de algunos de los caballeros que le habían hecho tal ofrecimiento.

«¿Cómo iba a ser él rey —pensaba— de la ciudad en que había sido crucificado Jesucristo, su verdadero rey?». Le sonaba casi a blasfemia el aceptar dicho nombramiento. Y no hubo modo alguno de hacerle cambiar de idea.

Una vez la renuncia de Raimundo IV fue ratificada y puesta en conocimiento de las personas más importantes allí reunidas, entre ellas el vizconde de Béarn, sería Godofredo de Bouillón, de forma un tanto sibilina, bastante más joven que el de Toulouse, quien se haría proclamar rey de Jerusalén, lo que había ansiado desde el primer momento en que se había puesto al mando de la cruzada.

De la toma de Jerusalén la única nota negativa que había sacado Gastón era la masacre que produjeron bastantes de los asaltantes entre los defensores y los habitantes de la ciudad. Masacre que el bearnés trató de evitar, no lográndolo más que en casos puntuales.

La euforia desatada por la conquista de la ciudad hito de la cristiandad y la propia fiereza del noble francés, que dejaba apartada su nobleza a un lado en esas circunstancias, hacían que fuera algo imposible de atajar. Los saqueos y las violaciones se producían con total impunidad ante los ojos de algunos de los responsables de las fuerzas cristianas, que miraban hacia otro lado.

Una vez tomada la ciudad y asentadas las bases para asegurar su defensa, Gastón, asqueado por las tropelías vividas y pensando en la responsabilidad que sabía que tenía para con sus súbditos,

decidía volverse a sus tierras. Deseaba además ver lo antes posible a sus dos mujeres. Sus queridas esposa e hija. Daba por hecho que no reconocería a la pequeña, ya que, al partir hacia Jerusalén, ni tan siquiera gateaba.

Eso sí, había pedido la aquiescencia de su partida a su jefe directo, Raimundo IV, quien le confirmó al dársela su deseo de quedarse en la ciudad conquistada y aprovechaba a bendecir por última vez al Cruzado, que había sido su aliado favorito.

También se despidió, como era de suponer, del propio Godofredo, ya proclamado rey de Jerusalén, quien intentaría retenerle en un primer momento, pero al ver lo decidido que estaba por volverse, se levantó, se acercó, le dio un abrazo que casi le rompe las costillas y le dijo:

—Id con Dios, Cruzado. El ponerle ese sobrenombre el conde Raimundo ha sido lo mejor que ha hecho en su larga vida. Si decidís volver, aquí tendréis esta ciudad que es en gran parte cristiana gracias a vos.

Gastón salió de allí emocionado, después de volver a darse un abrazo. No esperaba una reacción tan cercana de un hombre con fama y hechos de muy duro, que había sido proclamado rey de Jerusalén.

Lo que no sospechaban ninguno de los dos era que nunca más se volverían a ver, ya que el reinado de Godofredo iba a ser muy efímero, puesto que al año siguiente moriría en Jerusalén.

Regresaba Gastón con los caballeros bearneses que le habían acompañado, sin haber perdido ni uno de ellos. Unos pocos habían resultado lesionados solo con rasguños o heridas menos graves. Formaban parte de una comitiva de cristianos de distintas procedencias que decidieron dar por terminada su misión en aquellas tierras y salían juntos para evitar sorpresas desagradables en el regreso a sus distintos lugares de origen, repartidos por Europa.

Antes de partir, en uno de sus animales de carga había introducido una piedra, no muy grande ya que el viaje era muy largo y lo que importaba no era tanto el tamaño como el recuerdo y el lugar de procedencia.

Dicha piedra, de características muy propias del terreno, había formado parte de la muralla de Jerusalén. Así cumpliría la promesa hecha a su amigo. La tomó de una zona muy cercana a donde se suponía que había estado el Santo Sepulcro. La envolvió con verdadero esmero y devoción, como si se tratase de una gran reliquia. Para él, lo era y estaba seguro de que para Alfonso también lo sería.

Al alejarse de Jerusalén efectuaría, jinete en su caballo, el mismo saludo de despedida que años atrás le había hecho a Alfonso al partir del Monasterio de Siresa. Ahora era Raimundo IV quien le despedía y al que no volvería a ver más, como bien se imaginaba, lo que no dejaba de entristecerle. Se había encontrado muy a gusto a sus órdenes durante todo el tiempo desde que se habían puesto en marcha, años antes.

Pero enseguida un grato recuerdo de aquellos años de aprendizaje en los Pirineos le invadía al hacer el saludo desde el caballo y le acompañaría durante buena parte del camino.

El Peregrino y Alfonso conformaban también gran parte de sus vivencias pasadas en las primeras jornadas de vuelta.

En otros momentos, cada vez más numerosos según se acercaban a su vizcondado, eran Talesa y su hija quienes ocupaban sus pensamientos y aceleraban las pulsaciones de su corazón.

Todo ello estaba salpicado de rememorar los momentos recientemente vividos, de los que se sentía muy orgulloso. Destacaba entre todos para él su propia entrada en la ciudad de Jerusalén. Llegaba en algunas ocasiones a pensar si todo ese asalto al que había dedicado sus esfuerzos durante bastante tiempo no habría sido más que un producto de su imaginación, un sueño. Bello, pero sueño en todo caso. Al final volvía a la realidad y se convencía de que todo había sido cierto, gracias al Altísimo.

Y así desandaba lo andado hacía ya años, hasta llegar a Morlaàs, después de volver a visitar Nicea, donde había comprobado que estaba casi restaurada en su totalidad la abertura que había producido él con sus artefactos para acceder a la ciudad en su ida hacia Jerusalén.

Era lógico que todo volviera a la normalidad en una ciudad que entonces era cristiana y se alegraba de que, una vez más, el estropicio que había hecho fuera solo el necesario para poder entrar con las mínimas garantías de éxito.

Todo ello les traía gratos recuerdos a él y sus acompañantes, que poco a poco se iban separando de su camino, ya que los destinos de la mayoría de ellos eran países del norte de Europa, excepción hecha de los que ya habían cogido la ruta para regresar a Italia y, especialmente los que iban a Roma con el objeto de confirmar al papa la buena nueva de la recuperación de Jerusalén para la cristiandad, a quien suponían que ya habrían llegado algunos rumores de ello.

Gastón había enviado un par de mensajeros, un día antes de su llegada prevista, para avisar de su proximidad a su esposa, a la que suponía tan impaciente como él.

Cuando llegaba, por fin desde lejos podía ver a Talesa con una criatura a su lado, ambas totalmente de azul y unos cuantos de sus incondicionales acompañándolas. Daba gracias a Dios al verlas sanas y salvas y espoleaba a su caballo, después de hacer su pirueta característica.

La aventura de la Primera Cruzada había terminado con buen fin para él y los suyos. Y al comprobar que tanto su familia como el condado estaban en inmejorables condiciones su alegría pasaba a ser máxima, agradeciendo, una vez más, al Altísimo todo ello.